

12. Nuestros enemigos: 5. El mundo

Hemos dejado claro que el gran enemigo nuestro para nuestra santificación es el pecado. No podemos llegar a Dios si pecamos. No podemos ni siquiera estar en gracia de Dios. Nos olvidamos de la santidad y del cielo si es pecado mortal. Nos olvidamos de la santidad si es pecado venial, con los riesgos. Todo lo que ya vimos. Y después dijimos que vamos a ver cada clase un enemigo puntual que me quiere llevar al pecado.

«No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo» (1 Jn 2,15), dice la palabra de Dios. Eso es lo que nos tiene que quedar claro en este día. Tenemos que entender qué es el mundo y tenemos que odiar al mundo, porque vamos a ver por qué el mundo es digno de odio, en qué sentido. Entonces lo primero que hay que aclarar que es bastante obvio, pero es necesario porque si no, parecería que estamos rechazando al mundo que hay un mundo bueno que es el mundo que Dios creó.

«Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.» (Gn 1,31)

«Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único» (Jn 3,16)

Es más, es el mundo que Dios creó, lo más perfecto que creó en el mundo es el hombre y por ese hombre Jesús murió. Dios ama el mundo, este mundo. Que él creó, él lo ama. Este mundo que él creó y especialmente al hombre lo ama hasta tal punto que su hijo se entrega por nosotros. Entonces por supuesto que no vamos a hablar en ningún momento de ese mundo. Entonces tenemos que entender de qué mundo estamos hablando y por qué es nuestro enemigo. Si queremos definir, no es fácil encontrar una definición del mundo.

Podemos entenderlo con esta comparación: Todo lo que nos lleva a Dios, lo que nos lleva a abrazarnos a la cruz, lo que son las máximas del Evangelio, lo que es el Sermón de la Montaña, todo eso, el mundo es lo contrario. Se figura así, pero no estamos hablando de una ciudad, sino simplemente es un espíritu, son máximas, son ideas contrarias al evangelio.

Y acá como una especie de definición, el mundo es una mentalidad, una manera de pensar y de vivir que contamina que puede contaminar incluso a la Iglesia.

«En esto, hay que prestar atención a una realidad de hecho: este "mundo", entendido siempre en el sentido evangélico, insidia también a la Iglesia, contagiando a sus miembros y a los mismos ministros ordenados. El "mundo" es una mentalidad, una manera de pensar y de vivir que puede contaminar incluso a la Iglesia, y de hecho la contamina, y por tanto exige constante vigilancia y purificación. Hasta que Dios no se manifieste plenamente, sus hijos no son todavía plenamente "semejantes a Él" (1 Juan 3, 2).» (Benedicto XVI)

Que vamos a ver, "odio al mundo" es más o menos lo mismo que decir que queremos odiar el pecado, queremos odiar todo lo que nos aleja del Señor, es la misma idea. Vamos con alguna frase de la escritura y en primer lugar del Antiguo Testamento porque obviamente que también había un espíritu, Del mundo que contaminaba al pueblo de Israel.

«Habló Yabveh a Moisés, diciendo: Habla a los israelitas, y diles: Yo soy Yabveh vuestro Dios. No bagáis como se hace en la tierra de Egipto, donde habéis habitado, ni bagáis como se hace en la tierra de Canaán a donde os llevo; no debéis seguir sus costumbres. Cumplid mis normas y guardad mis preceptos, caminando según ellos. Yo soy

Yahveh, vuestro Dios. Guardad mis preceptos y mis normas. El hombre que los cumpla, por ellos vivirá.» Lev 18, 1-5

«Guardad, pues, todos mis preceptos y todas mis normas, y cumplidlos; así no os vomitará la tierra adonde os llevo para que habitéis en ella. No caminéis según las costumbres de las naciones que yo voy a expulsar ante vosotros; pues, porque han obrado así, yo estoy asqueado de ellas.» Lev 20,22-23

Pero vamos ahora con algunas citas del Nuevo Testamento. Primero a una cita directamente de nuestro Señor.

Nuevo Testamento

«Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe del mundo.» Jn 14, 30

«El mundo no puede odiaros; a mí sí me aborrece, porque doy testimonio de que sus obras son perversas.» Jn 7,7

«Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo.» Jn 17,9

«Si uds. fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya. Pero como no son del mundo, sino que los elegí y los saqué de él, el mundo los odia.» Jn. 15,19

« (...) el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir.» Jn. 14, 17

Por tanto, una y otra vez tenemos que tener presente de que sí, Jesús mismo dice: «a mí me han odiado», a vosotros también nos van a odiar. No puede ser el maestro, el siervo, el súbdito puede ser superior al maestro. Si también nos han odiado tenemos que estar dispuestos entonces que el mundo nos odie. Porque si no, no somos como Cristo. Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo. Miren que fuerte es esta idea.

El mundo odia a los apóstoles, el mundo odia a los que siguen a Cristo. Contado alguna vez ya, pero Juan Pablo II el te quiere todo el mundo, le cantaban y Juan Pablo II dijo «No, todo el mundo no», dijo alguna vez, todo el mundo no.

«Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo.» Jn 16, 33

Santa Teresa en el libro, "Camino de Perfección", al comienzo, empieza a decir a las religiosas, sobre todo a las de San José que les había fundado, que tienen que rezar mucho, ofrecer sacrificio y morir a sí mismas por el bien de él, dice ella, de los teólogos, de los misioneros, de los sacerdotes que estaban luchando contra la herejía luterana que a ella le hacía sufrir tanto, ver cuántas almas iban al infierno que habían sido cristianas por el bautismo.

En su momento dice «no es fácil estar en el mundo y no perderse, no es fácil estar en las cortes» y entonces les movía fuertemente a ser buenas religiosas por el bien de esas almas, de esos sacerdotes, esos teólogos que tenían que convertir el mundo y que no estaban como ellas apartadas del mundo. Después obviamente hay que tener presente que, el espíritu del mundo puede entrar a un convento y puede entrar en uno que está en el desierto eremita. También puede, ¿no? Pero obviamente, mientras más recluso estoy del mundo, más difícil es.

Por eso existe esa llamada tradicionalmente «*Fuga mundi*». *Fuga mundi* es huir del mundo. No quiere decir que cada uno tiene que huir tal cual. Pero el que tenga vocaciones, el que Dios lo llame, sí,

tiene que huir. En cuanto Dios se lo muestre. Y después, repito. Nosotros en nuestros quehaceres diarios, sobre los laicos que están más en el mundo. Esa *fuga mundi* es interior, es espiritual, pero a veces también es física. No puedo participar de todas las cosas que participan en los del mundo.

Hay un ejemplo de un amigo de San Agustín, nos cuenta las confesiones, no me acuerdo ahora el nombre. Este amigo iba en un espectáculo pecaminoso y dijo voy a ir para mostrarle que tengo fortaleza y no voy a abrir los ojos. Y después fue el que más entusiasmado estaba. No se puede ir a todos lados, no se puede participar en todo, no se puede ser igual, aun estando en el mundo. El espíritu de la verdad, el que en el mundo no puede recibir tan contrarios a Cristo que no puede recibir el Espíritu Santo.

Continuando con las citas:

1Jn. 5,19: *«Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero está bajo el poder del Maligno.»*

Si esto fue siempre así y pensamos en la Edad Media, hay que explicar esto y mostrar que siempre el espíritu mundano ha habido y siempre pero hoy en día en sociedad que vivimos, en el mundo que vivimos, con los gobiernos que tenemos, en muchas partes del mundo. Esto es clarísimo. Y a veces nos vamos acostumbrando y no nos parece tanto. Pero todos los criterios, todas las leyes, todas, no todos, pero hay muchos criterios, muchas leyes, muchas que son absolutamente del poder del maligno.

1Jn 2,15: *«Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.»*

1Jn. 5,4: *« (...) porque el que ha nacido de Dios vence al mundo.»*

Gal 6,14: *«Yo sólo me gloriaré en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.»*

No se puede entonces amar la cruz, no se puede buscar la cruz, no se puede intentar seguir la máxima de Jesús, el que quiere ser mi discípulo, que se niegue. No se puede vivir así y ser mundano. Donde está la cruz, ahí no hay espíritu mundano. Por eso va a ser siempre un examen de conciencia muy sencillo y muy profundo. Cuánto estoy amando la cruz. Cuánto estoy siguiendo los ejemplos del Señor que son ejemplos de cruz toda su vida.

Gal 1,3-5 *«Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo, que se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este mundo perverso, según la voluntad de nuestro Dios y Padre, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.»*

Sgo 1,27: *«La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo.»*

Sgo 4,4-5 *«¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios. ¿Pensáis que la Escritura dice en vano: Tiene deseos ardientes el espíritu que él ha hecho habitar en nosotros?»*

Tiene deseos ardientes el Señor de nuestro amor, de nuestra conversión, del no puedo amar a Dios y amar al mundo. Y adúlteros es una palabra que nos evoca a lo que el Espíritu Santo había inspirado a los profetas en el Antiguo Testamento de que el pueblo era adúltero porque ha sido

con otros dioses. El Señor le pone esa palabra para que, así como es fácil que entendamos nosotros el dolor que puede tener una persona que es engañada, el adulterio como puede producir ese dolor.

1 Cor 2,12-16: *«Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales.»*

El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo

1Jn 2,15-17 *«No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo*

la concupiscencia de la carne,

la concupiscencia de los ojos,

y la jactancia de las riquezas

no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre.»

La concupiscencia de la carne

Mt 16,22-23 Pedro dice *«Señor, ten compasión de ti mismo, jamás te sucederá esto»* — y Jesús responde: *«¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres piedra de tropiezo, porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres»*

San Pablo en 1 Cor 2,12: *«Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios».*

Y aquí espíritu de Dios versus espíritu de los hombres. Por eso digo, es lo mismo. Entendamos entonces eso. Que no alcanza con lo humano solamente y que uno puede estar ya evitando un dolor personal, o evitando un dolor de otra persona. Y puede ser mundano eso. ¿Cuántos pecados se cometen por no hacer sufrir a alguien? «No, porque si no se va a enojar. No va a entender....» No se puede pecar. Ese criterio es mundano. No, que si me voy a. Si entro a la vida religiosa o lo que sea, mi madre va a sufrir. ¿Y? Perdón. Pero Jesús no se fue de su casa y la dejó a la virgen sola. No se quedó en el templo tres días. Por eso el criterio, los demás no tienen que sufrir. Es un criterio mundano. Aplicado mal. Obviamente que después tenemos que hacer lo posible pero digo por eso es la línea es fina, es muy fina.

Lc 16,14 *«Los fariseos, amadores del dinero, oían todo esto y se burlaban de Él. Entonces les dijo: "Vosotros sois los que os hacéis pasar por justos a los ojos de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones. Porque lo que entre los hombres es altamente estimado, a los ojos de Dios es abominable".»*

Un humanismo sin Jesús es esto. El hombre por el hombre es esto. Eso es para meditar. ¿Qué cosas yo tendré en gran estima quizás y que a lo mejor son abominables para Dios? ¿Qué quiero para mis seres queridos? ¿Qué quiero para mis hijos? ¿Qué quiero, quiero éxito, éxito. ¿Y qué

significa éxito? Que tenga una carrera, un título, que tenga un buen pasar. ¿Eso es lo que yo quiero para mis hijos? ¿Qué cosas puede haber en mi vida? ¿Que sea altamente estimado por mí o que los hombres estimen altamente?

La concupiscencia de los ojos

Santo Tomás la vincula directamente con las facultades racionales más que con la carne, y la hace origen de la avaricia y la vanagloria — el afán de tener/poseer.

San Agustín, en cambio, la lee más como *curiositas* — la curiosidad vana, el deseo desordenado de ver, de saber, de espectáculo (incluye desde la magia y la superstición hasta, en clave actual, el consumo compulsivo de pantallas y redes). No es solo "querer tener cosas", sino "querer ver cosas" por el ver mismo, sin orden a un fin bueno.

Puede ser también esta curiosidad que justamente habla de desenfocar, si yo tengo una curiosidad y quiero saberlo todo, o incluso la magia, la supresión, ni qué hablar, es desenfocar mi objetivo. No estoy buscando a Dios, no estoy buscando mi santidad, no estoy viviendo según los criterios del mundo, estoy buscando cosas que el Señor no me ha puesto acá para eso.

La jactancia de las riquezas

«*Nadie puede servir a dos Señores*» (Mt 6,24)

No se puede. Porque vamos a amar a uno y a otro. De algún modo lo personifica, está hablando del dinero, pero la tradición sobre todo San Jerónimo también ha aplicado eso al dios del dinero. Se puede transformar el dinero en un dios. Pero el señor no tanta así, son dos señores, entonces uno es dios mismo y el otro es el dinero. La jactancia de las riquezas, la jactancia jactarse es soberbia, hablando como las riquezas me llevan a jactarme.

Y todo eso hace que yo sea un mundano que juzgue todo mundanamente. Se pueden unir perfectamente los 3 enemigos.

En Adán y Eva, el árbol era bueno para comer, así lo expresa la escritura, entonces hace referencia al aspecto de la carne, lo que venimos diciendo, al lado de los ojos, lo mismo que el como dice de la carne, como dice de los ojos.

«el árbol era "bueno para comer" (carne), "agradable a los ojos" (ojos) y "codiciable para alcanzar sabiduría"» (soberbia) (Gn 3,6).

Y aquí, codiciable para alcanzar sabiduría, lo que habla de soberbia. Ahí está el Gnosticismo. El Gnosticismo es una sabiduría que me hincha, como dice San Pablo, la ciencia hincha, la ciencia desordenada hincha.

Tentaciones de Nuestro Señor

1. Concupiscencia de la carne → la tentación del pan: «*Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes*» (Mt 4,3).

2. Soberbia de la vida → la tentación de los reinos del mundo, mostrados desde el monte alto: «*Todo esto te daré si postrado me adoras*» (Mt 4,8-9).

3. Concupiscencia de los ojos (como *curiositas*, según la lectura agustiniana) → la tentación de arrojarse desde el pináculo del templo: «*Si eres Hijo de Dios, échate abajo... porque escrito está que a sus ángeles mandará acerca de ti*» (Mt 4,5-6). Es la tentación de exigir un espectáculo, de poner a Dios a prueba, de "ver para creer" en vez de creer sin necesidad de comprobación visible —muy en línea con lo que hablamos sobre la curiosidad vana como forma de la concupiscencia de los ojos.

Así como lo vemos, tenemos que vernos a nosotros en Cristo, tentados, Porque se dejó tentar por tomar la naturaleza humana como la nuestra, también tenemos que, y en ese sentido, sentirnos acompañados por el Señor, que sufrió lo mismo que nosotros sufrimos, etc. También tenemos que vernos, y San Agustín, en Cristo vencedores de la tentación. Así como Cristo venció, yo con Cristo puedo también vencer la tentación.

Guía de pecadores, Fray Luis de Granda

Libro Primero, Capítulo XXVIII, dedicado por entero a lo que él llama «las miserias del mundo»

De cuán breve es la felicidad del mundo (Primera miseria)

De las miserias con que está mezclada esa felicidad (Segunda miseria)

De los grandes lazos y peligros del mundo (Tercera miseria)

De la ceguedad y tinieblas del mundo (Cuarta miseria)

De la muchedumbre de pecados que hay en el mundo (Quinta miseria)

De cuán engañosa es la felicidad del mundo (Sexta miseria)

De cómo la verdadera felicidad se halla solo en Dios, y es imposible hallarla en el mundo

Si despreció a Cristo... no debemos estimarlo en nada

La finalidad principal de la religión cristiana consiste en esto: desprender a los hombres de las cosas terrenales y hacerlos estar atentos a las espirituales. Eso habría que guardarlo, ponerlo en un cuadro, meditarlo y tenerlo presente cuando nos acercamos a Jesús, cuando rezamos, cuando predicamos la palabra, cuando damos catequesis. ¿Para qué tenemos nuestra fe cristiana? ¿Qué quiere Dios? ¿Qué quiere Jesús nuestro Señor al fundar su iglesia, al darnos el evangelio?

Hace que me desprenda de las cosas terrenas, porque no tengo más, no puedo vivir los placeres, no tengo el mundo, no tengo nada. Y eso si lo tomo bien, si lo vivo bien, hace que esté atento a las cosas espirituales. Que esté atento a las cosas que tienen que ver con lo que me lleva a Dios, porque acá trae como el ejemplo de nuestro Señor. Por estos motivos el autor y consumidor de nuestra fe despreció a las cosas seculares. Desprecio a las cosas seculares.

Dios tiene nuestros proyectos, bendito Dios y esto quiere Dios para mí. Bendito Dios. Porque en definitiva lo que yo tengo que querer es leer la voluntad de Dios y tengo que irme al cielo.

«Mire el cristiano, que pues el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna Verdad y Bien sumo, no hay por qué nadie en nada le tenga, ni en nada le crea. Antes mirando que fue engañado en no conocer una tan clarísima luz, y en no honrar al que es verdaderísima honra; aquello repruebe el cristiano, que el mundo aprueba; y aquello precie y ame, que el mundo aborrece

y desprecia; huyendo con mucho cuidado de serpreciado de aquel que a su Señor desprecio; y teniendo por grande señal de ser amado de Cristo, el ser despreciado del mundo, con Él y por Él.» (*San Juan de Ávila, Audi Filia, 3*)

Clarísimo. No puedo apreciar aquello que desprecio a Cristo y no puedo buscar que me aprecie aquel que desprecio a mi Señor. Busca el aplauso del mundo, ese mundo que lo crucifico a Jesús,

Nada puede hacernos

Y por eso digo, mientras más contacto tengo con el mundo, si yo me dedico a ver video de YouTube y cosas son las mundanas, mis amigos son mundanos, en el trabajo todos son mundanos, tengo que ver cómo hago para mantenerme con los criterios y ahí entonces la oración, la lectura espiritual, nada puede hacer.

No es ni mal verdadero lo que el mundo puede hacer, pues no puede dar ni quitar la gracia de Dios...«¿Quién habrá ya que no ose pelear contra un enemigo qué no puede nada?» (*San Juan de Ávila, Audi Filia, 3*)

«No os engañe nadie; no quiere Cristo a los que quieren cumplir con Él y con el mundo; y por su bendita boca prometió (Mt., 6, 24), que ninguno puede servir a dos señores. Y pues Él dijo que no era del mundo Jn., 8, 23), ni los suyos eran del mundo (15, 19), ni su reino era de este mundo (18, 36), no es razón que vos lo seáis.» (*San Juan de Ávila, Audi Filia, 98*)

Imitar a Cristo es despreciar al mundo

Y aquí una cita de San Ignacio:

«Es mucho de advertir (encareciéndolo y ponderándolo delante de nuestro Criador y Señor), en cuánto grado ayuda y aprovecha en la vida espiritual, aborrecer en todo y no en parte cuanto el mundo ama y abraza y a admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. Como los mundanos que siguen al mundo aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña, así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario; es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su debido amor y reverencia; tanto que donde a la su divina Majestad no le fuere ofensa alguna, ni al próximo imputado a pecado, desean pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos (no dando ellos ocasión alguna de ello), por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea; pues la vistió Él por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos ejemplo, que en todas cosas a nosotros posibles, mediante su divina gracia, le queramos imitar y seguir, como sea la vía que lleva los hombres a la vida» San Ignacio de Loyola, Examen, cap. 4, n. 44.

La Iglesia y su constante lucha contra el mundo

«La Iglesia renueva cada día, contra el espíritu de este mundo, una lucha que no es otra cosa que la lucha por el alma de este mundo. Si de hecho, por un lado, en él están presentes el Evangelio y la evangelización, por el otro hay una poderosa antievangelización, que dispone de medios y de programas, y se opone con gran fuerza al Evangelio y a la evangelización. La lucha por el alma del mundo contemporáneo es enorme allí donde el espíritu de este mundo parece más poderoso. En

este sentido, la Redemptoris missio habla de modernos areópagos, es decir, de nuevos púlpitos. Estos areópagos son hoy el mundo de la ciencia, de la cultura, de los medios de comunicación; son los ambientes en que se crean las elites intelectuales, los ambientes de los escritores y de los artistas.» (Juan Pablo II, Cruzando el umbral de la Esperanza, PLAZA & JANES, Chile (1994), p. 1125)

El espíritu del mundo también no solamente son máximas, como bueno, que me llevan al pecado directamente, sino que hay una lucha. El espíritu del mundo se organiza y lucha contra la Iglesia y contra los hombres. Y hay quienes esas máximas las quieren imponer y las imponen. Por eso el mundo está como está, y los gobiernos están como están, y existe el aborto y la eutanasia, y la pornografía.

Todo eso no es porque sí. Por eso la Iglesia tiene que luchar contra ese espíritu del mundo. Y cuando no lucha contra el espíritu del mundo, no solamente en las almas de cada uno, sino en la sociedad, en la ley de toda la Iglesia traiciona su misión. Traiciona a su Señor y se pone del lado del mundo por comodidad, por conveniencia, por lo que sea. Cuando digo Iglesia, cuando falla en eso, estamos hablando de nosotros los miembros de la Iglesia.

Terminamos con una cita de Simone Weil:

«El objeto de mi investigación no es lo sobrenatural, sino este mundo. Lo sobrenatural es la luz. No debemos atrevernos a hacer de ella un objeto; de lo contrario, la degradamos [...] No es por la forma en que un hombre habla de Dios, sino por la forma en que habla de las cosas terrenas, como se puede discernir mejor si su alma ha permanecido en el fuego del amor a Dios. Ahí no es posible ningún engaño.

Hay falsas imitaciones del amor a Dios, pero no de la transformación que él realiza en el alma, porque la persona no puede tener ninguna idea de esta transformación más que si ella misma pasa por ella [...] Según la concepción de la vida humana expresada en los actos y las palabras de un hombre, sé (quiero decir que sabría, si tuviera discernimiento para ello) si ve esta vida desde un punto de vista situado en este mundo o desde lo alto del cielo.

Por el contrario, cuando habla de Dios, no puedo discernir (aunque a veces sí puedo...) si habla desde dentro o desde fuera. [...] El Valor de una forma de vida religiosa, o más generalmente, de una forma de vida espiritual, se aprecia por la intensidad de la luz proyectada sobre las cosas de este mundo. [...]

Las cosas carnales son el criterio de las cosas espirituales. Esto es lo que generalmente no queremos reconocer, porque tenemos miedo a un criterio. La virtud de una cosa cualquiera se manifiesta fuera de ella». Weil, Simone. Escritos esenciales, op.cit. pp 132-134

La cita que habíamos traído en el mundo, tener es tribulación. Pero tener ánimo, yo he vencido al mundo. Obviamente que tenemos que tener mucha fe en nuestro Señor, en su poder. Ánimo, yo he vencido al mundo. Jesús vence al mundo. Unido con Jesús, a nada, ni a nadie, ni al mundo ni a nada. Nos separamos de Jesús y realmente el mundo puede hacernos muchísimo daño. Realmente unirnos a Jesús es también, por supuesto, unirnos a nuestra madre, unirnos a nuestra madre para unirnos con el Señor.

«En el mundo tendréis tribulación, pero tened ánimo, yo he vencido al mundo» — Jn 16,33'

